

Morueña Estríngana



Elijo el amor

LOS HEREDEROS RINALDI 2



Moruená Estríngana

Elijo el amor

Los herederos Rinaldi 2



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Moruena Estríngena, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: octubre de 2024

Depósito legal: B. 14.340-2024

ISBN: 978-84-08-28891-6

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

BLAIR

Llego a mi cuarto arrastrando la maleta y abro la puerta.

Al entrar, observo la habitación y veo a alguien en la cama con una piruleta. Me fijo mejor y reconozco a Nerón Rinaldi, que me observa fijamente.

—Hola —lo saludo—. Creo que no me he confundido de habitación...

—No te has confundido. Mi novia se está dando una ducha y, por si venías, no me ha dejado entrar con ella —me suelta descarado. Se levanta y me tiende amable la mano—. Nerón.

—Lo sé. Es decir, hemos coincidido en algunas fiestas...

—No me suena tu cara.

—Yo solía ir por obligación y me pasaba casi toda la fiesta oculta. Soy Blair Robinson.

—Me suena tu apellido... —Me escudriña con la mirada—. ¿Tus padres son dueños de una empresa de automóviles de lujo?

Asiento.

—Sí, esos son.

—Tú no me sueñas, pero de la empresa de tu padre tengo... tenía varios coches. ¿Y qué haces aquí?

—Estudiar —respondo divertida.

Dejo mis cosas en lo que intuyo es mi lado del cuarto.

—Me refiero a en una residencia de estudiantes. Tus padres pueden pagarte un sitio mejor.

—Bueno..., como a vosotros, mis padres quieren que demuestre mi valía.

—¿Te han dejado sin nada? —Noto algo oscuro en su mirada.

—No del todo. Han racionado el dinero que me van a dar cada mes.

—¿Te has metido en problemas? Cuenta, que me encanta un buen chisme.

Recuerdo lo que pasó y me angustio a pesar del tiempo.

—No te importa.

—Entonces hay algo —indaga—. Siento curiosidad, pero no te investigaré en redes para saber si eres de fiar...

—Se nota que estás mintiendo, y no hay nada en redes, Nerón. ¿Crees que mi padre no pagó para que no saliera a la luz?

—No quiero que mi novia se vea metida en tus problemas. —Su mirada dorada se hace afilada.

—Para, Nerón —dice la que parece su novia, saliendo de la ducha con el pelo aún mojado—. Es inofensivo, aunque a veces parece olvidar los modales. —Me tiende la mano.

Es una chica preciosa, rubia y de grandes ojos marrones. Tiene mucha dulzura en la mirada y me tranquiliza saber que será mi compañera.

—Soy tu compañera, Yvania.

—Yo soy Blair. Encantada de conocerte. —Estrecho su mano.

—Si hubiera sabido a qué hora venías, habría estado presente para ahorrarte la charla con mi novio. —Lo recrimina con la mirada y él parece divertido.

—No me ha molestado.

Nerón alza una ceja.

—Me alegro. Os dejo. Me marchó a trabajar. ¿Nos vemos por la noche? —pregunta a su novia y esta asiente.

Va a irse, pero se lo piensa mejor y retrocede. Coge la cara de Yvania entre sus grandes manos y la besa con tanta intensidad que me sonrojo antes de apartar la vista.

La puerta se cierra y me veo que Yvania sigue mirando hacia la puerta, enamorada.

Al descubrirme observándola, me sonrío con calidez.

—Te ayudo a instalarte —me dice amablemente.

Le digo que vale y juntas ordenamos mis cosas.

Sé lo que hizo Nerón, porque yo estaba en esa fiesta en la que renunció a todo. Lo vi entrar con Yvania. La trataba con amor. Renunció a todo para empezar de cero.

En ese momento, lo admiré por ello y me pregunté si era posible romper con todo para seguir hacia delante sin que interfieran una y otra vez en tu vida.

Creo que no.

En mi casa, mis padres siempre querrán estar ahí, vigilando mi vida para que no los haga quedar mal.

Es triste pensar que hubo un tiempo, antes de ser ricos, en que mi madre habría matado por mí. Yo lo era todo para ella.

Mi padre siempre estaba trabajando, pero al volver a casa nos daba un beso a cada una.

Echo de menos ese tiempo en que sentía que lo tenía todo.

No puedo evitar preguntarme que, si nuestra vida no hubiera cambiado, en vez de lanzarme reproches, mi madre me habría abrazado con fuerza y me habría dicho: «Tranquila, no estás sola».

Necesitaba tanto ese abrazo en ese momento que no tenerlo me hizo darme cuenta de que las cosas entre nosotros solo iban a peor.

Nadie se paró a preguntarme mi verdad, ni tan siquiera la mujer que me dio la vida.

—Me alegra mucho tenerte aquí. Estaba algo nerviosa por cómo serías —me confiesa Yvania cuando acabamos.

—La verdad es que yo también.

Sus ojos brillan con ilusión y me dice que va a ir a ver cómo va la hamburguesería que su hermano abrirá pronto cerca de aquí. Me pregunta si quiero ir con ella y asiento, porque no me apetece quedarme sola.

Llevo demasiado tiempo estando sola rodeada de gente.

Voy con ella andando, porque la hamburguesería no queda lejos.

Al llegar, un hombre de unos veinte años abraza a Yvania. Se parecen un poco, por lo que intuyo que es su hermano, y lo constato cuando me presenta.

Observo el sitio y me gusta, aunque no suelo comer mucha comida basura, porque mi madre siempre me ha sometido a un estricto régimen.

«Aunque ahora no está», pienso.

El local es grande. Casi todo tiene toques de madera y los sofás, de color azul oscuro, parecen muy cómodos.

Observo la carta y me apetece todo lo que veo.

—¿Te gusta? —me pregunta Yvania.

—Sí, tiene muy buena pinta.

—En dos semanas estaremos abiertos y, si necesitas trabajo..., puede que te haga una prueba —me dice su hermano Dimas.

—Lo pensaré. Voy a intentar buscar trabajo de lo que me gusta y luego, si no encuentro, aceptaré tu oferta de una prueba.

—¿Y qué te gusta?

—Voy a estudiar la carrera de Artes Escénicas —les comento.

—Dudo que encuentres algo relacionado con eso por aquí —señala Dimas sincero—, pero tú misma. Por intentarlo, no pierdes nada.

Nos quedamos allí un rato.

De regreso, pienso si tiene razón y si será fácil encontrar algo que tenga más que ver con mi carrera.

Tras varias semanas buscando, un inicio de carrera caótico y agotar en nada el dinero de mis padres que tengo para pasar el mes, sé que trabajar en la hamburguesería de la familia de Yvania es mi mejor opción.

Nada está saliendo como tenía pensado y esto es algo que debería saber. Al fin y al cabo, llevo años tratando de superar la vida.

Voy con Yvania a la fiesta que dan en la hermandad de fútbol americano para celebrar el inicio de temporada. El curso pasado fueron los ganadores de la liga universitaria y este año esperan hacer lo mismo.

Sé de este deporte gracias a que me pasé muchos años animando al equipo de mi instituto.

Entramos en la hermandad del equipo de fútbol y el

ambiente me recuerda a las fiestas que se daban en casa de mis compañeros, donde yo siempre era admirada y alabada. Todas querían ser como yo, aunque eso nunca se me subió a la cabeza ni me hizo sentir superior.

Yo creía en el trabajo duro y si estaba ahí es porque era la mejor. Lo demostraba en cada ejercicio con mi equipo de animadoras.

Veo al equipo de animadoras. Una de ellas me observa con rabia.

Al mirarla, la reconozco de alguna competición.

Voy a saludarla, pero me ignora.

—¿Conoces a mi prima Romina? —me pregunta Yvania.

—Coincidí con ella en alguna competición de...

—No te calles. —Pasa su mano por mi brazo—. Lo que me cuentes no se lo diré a nadie. —Tras decir eso, observa a Nerón, que habla con sus compañeros—. Bueno, puede que a él sí, porque no tenemos secretos, pero es de fiar.

—No pasa nada porque lo sepa. No es ningún secreto que competí en concursos de animadoras y los gané todos.

—¿En serio? —Asiento y su prima nos sigue fulminando con la mirada—. Conociendo a Romina, debe creer que estás aquí para intentar entrar en el equipo de animadoras y quitarle el puesto de capitana. Y más ahora, que van a participar en una competición.

—No estoy aquí para eso. Hace dos años que no compito.

—Ah..., pero si lo hicieras, lo vería bien. No podemos dejar de hacer algo solo porque otras personas no lo deseen. Créeme, de esto sé un poco. —Sonríe con tristeza.

—No es lo que deseo ahora. Solo quiero centrarme en mi carrera.

Aunque no puedo negar que echo de menos la emoción de competir. De animar y saber que podía dar más de mí, hasta ser espléndida. Echo de menos sentir algo que no sea este profundo dolor en el pecho después de lo que sucedió.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —me pregunta Romina, que se ha cansado de mirarme solamente.

—He venido a la fiesta con mi compañera de cuarto.

Romina no se lo cree y me mira de arriba abajo. Luego se ríe, tal vez cuando me tensa su escrutinio y aparto la mirada.

—Los rumores eran ciertos: de la imbatible no queda nada.

Sus compañeras se ríen con ella, como perritos falderos.

Odio que hagan eso. A mí me gustaba que mis compañeros tuvieran personalidad propia para decidir. Siempre creí que eso nos hacía estar unidos, pero, a la hora de la verdad, no fue así.

Aun así, no me gusta que la que se cree superior obligue a que le ríen todas las gracias.

—Nada de peleas —dice alguien cerca de mí.

Me giro y veo a uno de los herederos Rinaldi. Por los ojos violetas sé que se trata de Claudio. Nos vimos en alguna fiesta hace años, de lejos. Él no reparó en mí, pero yo no pude apartar la mirada de él. Tenía esa aura especial que te hace seguirlo con la mirada, aunque no quieras, algo que no me pasó con los otros dos herederos Rinaldi.

Nerón y Adriano son guapos, pero hay algo en Claudio que me hacía mirarlo un segundo más. Tal vez

esa tristeza que, de vez en cuando, atisbaba en sus preciosos ojos violetas.

Por aquel entonces estaba con alguien y odiaba no poder dejar de buscar a Claudio con la mirada en toda la noche.

Han pasado más de dos años desde aquello y ambos hemos cambiado.

Él, sobre todo.

Parece más alto, más musculoso de lo que era antes y más intimidante. Y, aun así, sigue teniendo esa mirada enigmática y ese magnetismo que hace que su presencia se note allí donde esté.

Si antes era atractivo, ahora es condenadamente sexi.

Me mira y sé que no me reconoce.

En verdad, nuestras miradas no se encontraron una sola vez.

Sonríe levemente y, cuando ve a Romina, su mirada cambia.

—No pienso pelearme con ella —apunta esta—. A menos que quiera entrar en el equipo de animadoras tras dos años desaparecida. Entonces... seré una cabrona, porque aquí no entra cualquiera por muchos triunfos que tenga a sus espaldas.

No le digo nada cuando me mira retadora. No puedo y sé que hace años habría tenido una réplica perfecta para ella, pero mi seguridad ha ido menguando hasta quedar en nada.

Me marcho sin contestarle hacia la primera habitación que encuentro, que resulta ser la cocina.

Abro la nevera para coger agua, pero está vacía.

—No le hagas caso —me dice Claudio abriendo un armario con llave.

—Ya, sí. Es lo mejor. ¿No tenéis agua?

—En el grifo hay —me responde mientras saca un refresco y lo abre apoyado en la encimera.

—¿Me estás retando a beber agua del grifo? —le replico de una forma que no sé a quién sorprende más de los dos, porque hace unos minutos me achanté con Romina.

—No, pero es una sugerencia —me contesta con una media sonrisa.

—¿Crees que no soy capaz de beber? —No dice nada, pero algo en su mirada hace que me siente en la encimera y beba sin poder dejar de mirarlo—. ¡Está asquerosa! —señalo tras bajar, mientras me limpio la boca.

Me lanza una botella de agua que cojo al vuelo.

—Lo está, sí. —Se me acerca. Es tan alto que tengo que alzar la cabeza para poder mirarlo a los ojos—. Claudio.

Pienso en decirle que sé quién es, pero tendría que explicar demasiadas cosas y, por un momento, no quiero ser la hija rica de mi padre. Deseo ser algo más.

—Blair. —Estrecho su mano con firmeza.

Mi mano se queda pequeña dentro de la suya y siento una descarga donde nuestras palmas se tocan.

Aparto la mano cuando su hermano entra a buscarlo para decirle algo.

Ambos miran hacia el jardín.

—Déjame hablar a mí. Tú no tienes mucho tacto —le pide Claudio a Adriano.

—Como quieras, pero si se pone idiota, no será mi culpa.

Se observan retadores y no veo en su mirada la complicidad de dos mellizos que se adoran.

Ya me di cuenta de eso hace años, aunque de cara a los demás siempre fingieron estar unidos.

Los hermanos salen y van hacia una zona oscura.

Adriano saca a un chico agarrándolo de la camisa y

su hermano trata de mediar, hasta que el otro se pone tonto, intenta zafarse y pega a Claudio.

Adriano se aparta y entre los dos hermanos controlan la situación.

Saca del bolsillo de su pantalón una bolsa y se la tira al pecho.

El tercero en discordia grita algo y Adriano le hace una seña para que se marche.

Lo hace tras recoger la bolsa del suelo, que al parecer es droga.

Me niego a creer que sea el único en este sitio que está tomando sustancias ilegales. Aquí tiene que haber algo más.

Salgo hacia el jardín para ver si me entero de algo, pero no he dado ni dos pasos cuando Romina se me pone delante con su grupo de animadoras y me mira retadora.

—Te desafío a un duelo de baile para que todos sepan quién es la mejor.

—Llevo dos años sin bailar. ¿Esperas que acepte un duelo que está claro que ganarás por mi falta de entrenamiento?

Por su mirada sé que es justamente lo que espera.

En verdad, no he bailado ante nadie, pero sola no he podido evitar dejarme llevar por la música.

—Si ganas, te dejaré hacer una prueba para las animadoras. Si pierdes..., bueno, tendrás prohibido estar donde yo esté presente.

—Eso es demasiado. Soy libre de poder ir adonde me dé la gana.

—Bien, pues te toca mover el culo cuando demuestre que soy la mejor.

Pide que le pongan una canción.

Yvania se pone a mi lado mientras la gente hace un círculo para ver este duelo en el que no he aceptado participar.

Romina empieza a hacer su baile y lo hace bien, de eso no hay duda, pero cae una y otra vez en pasos reciclados y muy vistos.

A mí me gustaba inventar pasos nuevos o dar un giro a los ya existentes.

Ella los hace todos impecablemente, pero parece que está memorizando cada paso para ser perfecta y no deja que la música la atrape para poner la piel de gallina a quien esté mirando.

Al acabar, me observa desafiante.

Debería pasar de ella, pero tengo la oportunidad de decidir si en algún momento quiero hacer las pruebas de animadora. Algo que me vetaron en el instituto.

No tengo claro que no lo quiera nunca y sé que, si no hago esto, luego me costará mucho decirles que quiero una prueba.

—Te toca, bonita.

Romina me observa retadora y pide que pongan la misma canción.

Es ahora o nunca. Lo sé, pero es ese nunca el que me hace cerrar los ojos y evadirme del mundo un segundo para que las notas se metan bajo mi piel y me hagan bailar como si fuera esa niña que descubrió su don entre las cuatro paredes de su dormitorio.

CLAUDIO

Tras advertir a ese desgraciado que aquí no se venden drogas ilegales, regresamos a la fiesta.

Mi idea es subir a mi cuarto para leer y pasar de esto, pero sin querer busco a Blair. Tiene algo en sus ojos verdes que me atrae. Tal vez ese halo de tristeza, o esa chispa desafiante cuando se alzó para beber agua del grifo ante mi reto.

Algo que no sé bien por qué lo hice.

La encuentro con los ojos cerrados mientras un gran número de personas la observa. Entre ellas, Romina, que se ríe mientras la señala.

Odio a esa horrible mujer.

—¿Qué pasa aquí? —pregunto a mi primo Nerón.

—Por lo que he intuido, Romina quiere demostrarle a Blair que es mejor que ella. Vamos, que está cagada por la aparición de Blair, sin que yo sepa por qué, y quiere hacerla quedar mal usando trucos sucios. Como siempre, está demostrando lo gran persona que es, y eso que parecía que había cambiado.

—Pues ya ves que no —comento cuando dice que está claro que ella ha ganado, porque esa idiota está hundida y asustada.

Observo a Blair. No parece ni hundida ni asustada. Parece concentrada.

Entonces, la música cambia, se hace más intensa y, en el estallido más alto, Blair sale de su letargo con los ojos cerrados como si quisiera estar sola mientras baila.

Sigue con su baile y el público se queda callado mientras la fuerza con la que se mueve pone los pelos de punta.

Sus pasos son sexis, pero no vulgares.

Siente la música y la extrae de su cuerpo en forma de pasos perfectos.

Me veo incapaz de apartar los ojos y siento algo pa-

recido a la emoción latir en mí. Algo que hacía años que no me pasaba.

La miro contrariado por sentir este latir en mi pecho.

Blair gira sobre sí misma al tiempo que la música hace unos cambios.

Es espectacular.

Nadie se atreve a decir nada.

Se nota que Blair tiene muchas nociones de baile, y no solo de animadora.

En un momento pasa de bailar clásico a movimientos más urbanos.

Cuando acaba con un salto y varios giros en el aire, antes de caer de forma perfecta, el público se queda callado. No saben qué decir.

Yo soy el primer impactado. Años sin sentir nada, y la veo bailar y siento algo parecido a la emoción latir en mi pecho.

—Está claro que lo has hecho tan mal que nadie se atreve a aplaudir. Ellos saben quién es la mejor —sentencia Romina tras el silencio de la gente.

Empiezo a aplaudir sin importarme que solo lo haga yo.

Nerón me sigue y al poco el resto aplaude con fuerza y más de uno se acerca a Blair para decirle lo que ha sentido.

Romina mira con rabia a Blair. Está roja de ira.

—Bueno... —dice cogiendo el micro del DJ, o más bien el jugador del equipo que se ha ofrecido esta noche a poner música, al ver que nadie la iba a escuchar—. Tendrás tu prueba, pero otra cosa es que estés a la altura de nuestro equipo. Aquí somos más tradicionales y no mezclamos tantas cosas.

—No he dicho que quiera una prueba —responde Blair—. Solo he hecho esto por si un día deseo hacerla.

—Tú misma, pero, aunque la hagas, luego está el que quiera darte una oportunidad.

—Pues si no se la das, se confirmará lo que hace tiempo pienso de ti —le suelta Adriano tranquilo—: que eres idiota.

Romina lo fulmina con la mirada, pero a mi hermano le da igual cómo lo mire y pasa de ella.

Yo pienso lo mismo, pero hace años que escondo mejor lo que pienso o siento.

Adriano antes era así, pero eso cambió tras lo que pasó. Dejó de fingir que podía soportar el mundo que nos rodea y se convirtió en un huraño.

La gente se dispersa y Blair se va hacia la casa. Me fijo en que le molesta el pie.

Subo a mi cuarto a por una de mis cremas milagrosas y se la tiendo cuando la encuentro bebiendo sola, de un vaso de plástico rojo, junto a la piscina.

—Ten, para el pie.

Cruza su mirada con la mía. Pienso que va a negarse, pero la acepta.

—Gracias. Es lo que tiene hacer el estúpido sin haber calentado bien antes.

—Y, sabiéndolo, hiciste la prueba.

Se quita el zapato del pie derecho y se unta la crema sin responderme.

Creo que no lo hará hasta que abre la boca.

—Nunca se sabe qué podré desear mañana. He perdido muchas cosas en mi vida y no quería cerrar para siempre la oportunidad de volver a intentarlo como animadora.

La miro sorprendido de que sea capaz de decirme lo que siente. A alguien que acaba de conocer.

Me acomodo a su lado mientras la fiesta está en pleno apogeo.

—¿Conoces a Romina? —le pregunto cuando me devuelve la crema, después de ponérsela en los dos pies.

—La vi en alguna competición de animadoras. A estas alturas dudo que sea un secreto que sé bailar.

—Intuyo, por su forma de tratarte, que la que ganaba eras tú.

Sonríe con melancolía.

—Me tomaba muy en serio mi trabajo de capitana.

—Lo haces muy bien. —Se gira y me mira como si no supiera a qué me refiero—. Bailar.

—Siempre me gustó bailar.

—Pues no deberías dejarlo. Deberías aceptar esa prueba y demostrar tu talento al mundo.

—Ya lo hice, pero esa chica ya no existe.

—Tal vez quien eres ahora exprese cosas más interesantes.

Me observa con intensidad y da un largo trago a su vaso.

Aparto la mirada, porque hace tiempo que mirar a alguien no me deja tan impactado.

—Puede ser. Por cierto, quien prepara las bebidas no tiene ni idea de cómo se hacen. Esto está asqueroso.

Me río sin poder evitarlo.

—Si me prometes que pensarás darte una nueva oportunidad, te preparo una bebida alucinante.

—Primero prepárame esa bebida y, si merece la pena, te prometo pensarlo.

Me gusta el reto que veo en sus ojos y por eso asiento.

Voy hacia la casa y le preparo algo, usando nuestro arsenal de bebidas caras. El garrafón queda descartado, por supuesto.

Al terminarlo, lo pruebo y salgo para buscar a Blair.

Sigue en el mismo sitio y Romina, no muy lejos, está haciendo una exhibición con las animadoras. Están algo borrachas y, en vez de demostrar talento, parece más bien un reto de ver quién aguanta más sin caerse a la piscina.

—¿No tienen chicos? —me pregunta Blair cuando me siento a su lado.

—Piensa que no animan bien. Por lo que sé, hay muchos que hacen las pruebas todos los años, pero les dice que no. Y, como te puedes imaginar, tampoco deja entrar a nadie que se salga de sus parámetros de perfección.

—Todos somos perfectos a nuestro modo. —Da un trago a la bebida—. Muy rico. Lo pensaré —dicho esto, Romina y varias más se tropiezan y se caen al agua.

Romina empieza a llorar y su novio se tira al agua como si ella se estuviera ahogando.

La escena es tan patética como común.

—Lo que no sé es si yo encajo en un lugar así.

—Con seguridad, no, pero tal vez por eso les venga bien tenerte.

—No sirve de nada —dice con tristeza.

—¿El qué?

—Ser especial, diferente o buscar lo mejor de los demás. A la hora de la verdad, la gente solo quiere brillar y se aleja de todo aquel que pueda hacerlo caer en desgracia.

—Eso es cierto.

Nos miramos a los ojos y siento una conexión con ella inexplicable que me hace perderme en su verde mirada un poco más.

Es preciosa, eso sin duda, pero he estado con mujeres muy bonitas y me he rodeado de ellas.

Lo que siento al mirarla va más allá de su aspecto físico. Es como cuando bailó, que algo latió en mi pecho. Fue algo muy parecido a la emoción.

Se termina la copa y se levanta.

—Gracias por la bebida. Me marcho. ¿Puedes decirle a Yvania, si la ves, que me he ido?

—Puedo..., pero la tienes en la puerta de la cocina. Puedes decírselo tú cuando pases por ahí.

Se gira y mira a la pareja feliz.

—Genial. Esto..., gracias por la crema. —Duda, como si quisiera añadir algo más, pero al final solo me desea buenas noches y se marcha.

La observo mientras se despide de su compañera y se va de la casa.

Mientras lo hago, me doy cuenta de que ahora mismo solo quiero que vuelva a bailar para sentir de nuevo algo, por pequeño que sea.

Hacía tiempo que no sentía nada. Había olvidado lo bonito que es vivir una vida llena de emociones.

Hace tiempo que acepté que él me lo había quitado todo para siempre.